

Cómo saber si el proceso de crianza va bien

Capítulo 40

Luis Carlos Ochoa Vásquez, Marco Ortega Barreto

Dado que no existe una crianza perfecta, es evidente que no hay una fórmula o un manual de instrucciones, como tampoco se cuenta con una medida o graduación que califique la calidad de ella. En este capítulo se plantean las características, procesos y prácticas que idealmente deberían aplicarse en la crianza. Se propone un derrotero, unas pautas que orienten a todos los puericultores (padres de familia, maestros, pediatras y otros cuidadores) para que puedan saber, en un sentido muy general, cómo va la crianza y logren identificar e intervenir de manera afectuosa e inteligente cuando se detecten problemas o dificultades.

El proceso de la crianza es un camino en el cual los padres no moldean a los hijos según sus deseos y expectativas, no les construyen su personalidad ni les hacen su futuro. La función parental es acompañarlos de manera respetuosa, inteligente y afectuosa en su proceso de crecimiento y desarrollo, del que ellos son los únicos gestores. El compartir en la cotidianidad genera una dinámica padres-hijo tan generosa en experiencias, que guiada por la Puericultura científica enriquece a todos los actores, de tal suerte que aprenden tanto los adultos como los niños y el camino genera bienestar para todos.

El objetivo primordial de la crianza debe ser el interés superior tanto de los niños como de las niñas y adolescentes, entendido no como un propósito social deseable desde una visión paternalista, sino como la obligación real que tiene la sociedad de garantizar plenamente todos sus derechos, referentes a la protección, provisión y participación, lo cual les facilitará alcanzar un desarrollo integral.

Cada niño es único e irrepetible, por tanto, la crianza no puede ser homogeneizante, vale decir, no puede ser una receta que se aplique por igual a todos los hijos. Es indispensable partir de las condiciones propias de cada niño o adolescente, de su temperamento, de sus fortalezas, de sus dificultades, de sus sueños, para buscar la mejor manera de armonizarlos con el temperamento y comportamiento de padres y cuidadores, procurando así obtener las mejores posibilidades de desarrollo y realización en los campos personal y social.

La calidad del acompañamiento que se haga en los primeros cinco años de vida, y de ellos los primeros mil días, son decisivos para el futuro de cualquier ser humano. Es un error pensar que la educación empieza cuando el niño adquiere “uso de razón”, alrededor de los siete años; la educación inicial parte del mismo momento en que los padres deciden tener un hijo, puesto que, según sea la manera como se relaciona la pareja, el niño aprenderá con el ejemplo de sus progenitores las pautas de convivencia.

Desafortunadamente, la sociedad no prepara a los padres para la crianza, siendo esta la responsabilidad que mayor trascendencia tiene para el futuro de un país, pues los patrones establecidos en la educación inicial dejan profunda huella en el comportamiento del adulto.

Muchos padres no tienen claridad sobre el tipo de crianza con la que deben acompañar a sus hijos y se limitan, muchas veces, a replicar aquella que les aplicaron cuando eran niños, sin reflexionar siquiera sobre si esta es o no adecuada para las circunstancias actuales. Si bien es cierto que la mayoría de los padres disfrutaban la crianza de sus hijos, con frecuencia les genera preocupación y angustia la expectativa de si la están acompañando activa y correctamente.

Entonces, si la crianza ha de ser individualizada, ¿cómo saber si el proceso va por buen camino? A continuación se proponen algunas pautas e indicadores que pueden facilitar una aproximación a dar una respuesta razonable a la pregunta: ¿Cómo saber si el proceso de crianza va bien? Por supuesto, no se trata de una fórmula matemática ni una calificación determinada, pero sí es un ejercicio que permite detectar avances, limitantes o incluso retrocesos en el proceso de la crianza, con lo que se facilita el acompañamiento adecuado y oportuno.

● La crianza va por buen camino si el clima es de afecto sin sobreprotección

La expresión del afecto por parte de los niños es buen indicador de que la crianza va bien. Si ellos son afectuosos con los cuidadores adultos, muy seguramente están recibiendo afecto de manera adecuada. Los niños que no son cariñosos con los padres o que incluso son agresivos con ellos probablemente no están inmersos en un proceso de crianza adecuado. Esta situación, en general, puede ser fruto de dos actitudes inadecuadas por parte de los padres.

La primera es una sobreprotección sin límites: padres que no saben decir no, que responden inmediatamente al llanto del hijo sin pensar siquiera cual pueda ser la causa, son complacientes con cuanto deseo manifieste el niño, lo duermen generalmente en brazos, duran horas paseándolo porque el niño “no expulsa los gases”, no se calma,

etcétera. En este caso la autoridad reside en el niño y no en los padres. Es necesario conocer el límite que separa el amor de la sobreprotección, la cual se evita entendiendo que el niño es el gestor de su propio desarrollo.

La segunda actitud inadecuada de los adultos cuidadores se refiere al maltrato: el niño a quien le pegan sistemáticamente aprende a pegar; el niño que no ha recibido afecto, tampoco puede dar afecto; su comportamiento probablemente será agresivo y, según su temperamento, podrá ser también retraído y temeroso.

● La crianza va bien si se construyen y reconstruyen adecuadamente las metas de desarrollo humano integral y diverso

Si se verifica que los niños y adolescentes se sienten seguros de sí mismos, se sienten amados y aceptados como son, se sienten respetados, se sienten importantes en sus ambientes familiar y social, se puede decir con seguridad que han construido y reconstruido una buena autoestima. Esta es el resultado de una crianza satisfactoria en el establecimiento del vínculo afectivo protector y del amor incondicional de la familia cercana, factores que proporcionan esa seguridad indispensable para el sano desarrollo.

Si los padres y otros cuidadores adultos cumplen la directriz de *no hacer nada por los hijos si ellos lo pueden hacer por sí mismos*, facilitarán a los niños el desarrollo de su capacidad de llevar a cabo las rutinas correspondientes a su edad y en esas condiciones, de manera progresiva, van construyendo y reconstruyendo autonomía, sentando así con estas dos metas la base del desarrollo humano integral y diverso.

La riqueza que muestran los niños en las manifestaciones de su imaginación, que se expresa por medio del juego, la pintura, la música y el lenguaje darán cuenta de su creatividad. Adicionalmente, el desarrollo progresivo en la capacidad de comprender sus emociones, de entender cuáles circunstancias las provocan, expresarlas, gestionarlas (manejarlas), intentar sentir lo que sienten las personas con

quienes comparten serán indicadores veraces del desarrollo de la inteligencia emocional, requisito indispensable para la práctica de la solidaridad, la cual determinará la manera como progresivamente van construyendo sus relaciones sociales.

Si se respetan sus derechos, se atienden sus necesidades, se brinda seguridad afectiva, se estimula y facilita el juego, muy probablemente el niño será feliz.

Si se busca permanentemente el bienestar pensando en su interés superior, se le brinda un ambiente biopsicosocial adecuado que facilite su desarrollo, se le ofrece una alimentación adecuada a sus necesidades, se le acompaña en la formación de hábitos saludables, se le aplican las vacunas recomendadas para su edad, seguramente será un niño más sano.

● La crianza es adecuada si es armónica con un crecimiento y desarrollo acordes con la edad del niño

Si la alimentación en casa incluye frutas, verduras, derivados de la leche, cereales, fuentes de grasa y de proteínas, muy probablemente el crecimiento de los hijos será normal y se puede decir que, en este sentido, la crianza va bien. En cuanto al desarrollo, es claro que cada niño es un mundo diferente. Sin embargo, hay logros que deben cumplir todos los niños en determinadas edades, tales como: caminar antes del año y medio; decir por lo menos veinte palabras y señalar cinco partes del cuerpo alrededor de los dos años; copiar líneas horizontales y verticales a los tres años; etcétera. Estos hitos del crecimiento y el desarrollo deberían enseñarse a los padres y a todos los cuidadores adultos para que puedan hacer un seguimiento adecuado.

Cuando los padres no conocen estos detalles, suficientemente descritos en capítulos precedentes, es necesario motivarlos para que asistan a la consulta periódica de crecimiento y desarrollo, con el fin de confirmar si el niño tiene peso y estatura adecuada para su edad y para las condiciones de su gestación y de su parto.

Como no es posible considerar el crecimiento y el desarrollo de los niños y adolescentes de manera aislada, la crianza solo irá bien si

los adultos inculcan en ellos, con el ejemplo, el respeto por el ambiente. Se utiliza el término ambiente para significar todo aquello que hay alrededor, tanto los recursos naturales como el tejido social; en este sentido, el respeto equivale a cuidar la naturaleza para que las generaciones venideras puedan disfrutar de ella y equivale también a aceptar que las demás personas tienen el derecho a vivir de acuerdo con su visión del mundo, siempre y cuando no afecten este mismo derecho en los demás.

● La crianza va bien si está orientada al desarrollo de la inteligencia emocional del niño y no solamente a su inteligencia cognitiva

Por uso y costumbre, al reproducir los patrones de crianza de los antecesores, muchos padres de familia y demás cuidadores de niños y adolescentes orientan todos sus esfuerzos a que ellos tengan un buen desempeño escolar, que aprendan a leer y a escribir, que se desempeñen bien en matemáticas o en inglés.

Por la misma razón se mantiene, de manera casi constante, una actitud con fines pedagógicos en las actividades de niños y adolescentes: se les compra un juguete que sea “didáctico”, se vinculan a actividades extraescolares que “les sirvan para la vida”, se les busca un jardín o colegio que sea prestigioso por su rendimiento académico. Todo lo anterior, orientado hacia el logro de una muy buena inteligencia cognitiva, a prepararlos en todas las habilidades intelectuales que les ayuden a sobresalir en este mundo de dura competencia.

Por supuesto que es válido acompañar en el proceso de crianza para que el niño tenga las bases para desarrollar una adecuada inteligencia cognitiva, pero desafortunadamente la mayoría de los esfuerzos, cuando no todos, se orientan solo a este fin, desconociendo así la enorme importancia que tiene la inteligencia emocional en la vida presente del niño y en su futuro como adulto.

Son muchos y muy lamentables los ejemplos de niños con excelentes resultados académicos, con excelente cociente intelectual pero que llegaron a estruendosos fracasos en sus vidas (suicidio, drogadicción, delincuencia, depresión), precisamente por un pobre desarrollo de su inteligencia

emocional, entendida esta como la capacidad de reconocer los sentimientos propios y los de los demás, manejar adecuadamente las relaciones que se sostienen con los otros y consigo mismos, así como saber canalizar las emociones y los sentimientos en dichas relaciones.

La inteligencia emocional es una herramienta básica en la vida, tanto de los niños como de las niñas y adolescentes, pues les ayudará a afrontar situaciones difíciles como saber decir no a la presión de un grupo o a la imposición de criterios de otros. La promoción de la inteligencia emocional desde edades tempranas hará que esta sea un factor protector ante muchos problemas a los que siempre se verán expuestos, como el tabaquismo, el alcoholismo, la drogadicción y las conductas antisociales, entre otros.

Un niño tiene una pobre inteligencia emocional cuando a pesar del paso del tiempo no aprende a canalizar sus emociones (la ira, la frustración, la envidia), a expresar sus sentimientos de manera correcta, a posponer las gratificaciones, a poner límites a los excesos, a que no todo lo que desee se lo pueden dar o lo puede conseguir, a que no siempre se gana, a respetar un turno, etcétera.

El acompañamiento en el desarrollo progresivo de la inteligencia emocional en el niño no solamente lo hará más feliz y más confiado, sino que le ayudará a convertirse en un adulto que se conozca mejor, que sea más dueño de sí mismo, con mejores capacidades para tomar decisiones responsables y más consciente de que es necesario renunciar muchas veces a la gratificación inmediata. Todo esto es posible si se tiene en cuenta que dentro de los componentes esenciales de la inteligencia emocional se encuentran, entre otros, los siguientes: la empatía (*sentipensar* con el otro y para el otro), el control del temperamento, la independencia, la capacidad de adaptación, la simpatía, el respeto, la cordialidad y la persistencia.

● El proceso de crianza va bien si se percibe un sano ejercicio de la autoridad

La noción de autoridad ha tenido cambios altamente significativos en las últimas décadas.

Antes se tomaba como la potestad o dominio que se tenía sobre alguien por el simple cargo o rol (jefe, maestro, padre de familia). Era la época del “yo mando y punto”, del acusar y castigar sin escuchar razones, del autoritarismo, de la comunicación vertical, paternalista y unidireccional. Actualmente, en la Puericultura científica, la autoridad se entiende como autoridad democrática, una cualidad, una habilidad que se tiene que ganar mediante el prestigio personal y el reconocimiento de los demás, sustentada en principios y valores.

Partiendo de este concepto moderno de autoridad como la capacidad de acompañar a obedecer responsablemente dentro de un proceso gradual de socialización y como la influencia que ejerce por medio del ejemplo la persona a quien se le otorga legitimidad como resultado del reconocimiento de sus competencias. No es posible una crianza adecuada si se ejerce una autoridad como autoritarismo, esto es, cuando la relación con los niños y adolescentes se basa solamente en el poder que tiene una persona sobre otra que le está subordinada, usando este poder para castigar, para someter, para desconocer derechos, gustos y opiniones, para no reconocerlos como interlocutores válidos.

Desde el punto de vista de las normas y la aplicación de la disciplina en el cuidado de los niños y adolescentes, los padres suelen educar con su propia historia: si fueron tratados con rigidez, coerción de la libertad, castigos, privaciones y abuso de poder, es decir, con autoritarismo, harán lo mismo con sus propios hijos, alegando que gracias a ello son buenos ciudadanos. Otros padres no quisieran repetir las malas experiencias con sus hijos y entonces se pasan al otro extremo: la ausencia de autoridad o la permisividad sin límites ni normas. Es claro que ni el autoritarismo ni la sobreprotección son prácticas de buena crianza.

Solamente con la aplicación de una autoridad democrática, serena y firme, basada en el mutuo respeto y el ejemplo se logrará el cumplimiento de las normas de manera responsable, consciente, sustentada en la libertad y con la meta de lograr una convivencia en democracia. Sin estos principios y requisitos lo que se logra, por el contrario, es un cumplimiento ciego, una aplicación autocrática de la autoridad, un acatamiento de normas por el miedo, el castigo o el premio, sin el logro necesario de la autonomía moral.

En la concepción democrática de la autoridad, la obediencia se define como una actitud